

amamos a Dios, también amamos a todos los que han nacido de Dios. No solamente debemos amarnos unos a otros, sino que este amor debe aumentar y abundar.

Que todas nuestras reuniones de la mesa del Señor, de ahora en adelante, sean enriquecidas, que estén llenas de la comprensión de que somos la iglesia que está en Dios el Padre y en el Señor Jesucristo. Que nuestras bocas siempre invoquen y clamen: “Abba, Padre”, y: “Oh, Señor Jesucristo”—M. C.

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DE 1 Y 2 TESALONICENSES Y CANTAR DE LOS CANTARES 7—8

La fe, el amor y la esperanza: la estructura de una vida santa para la vida de iglesia (Mensaje 3)

Lectura bíblica: 1 Ts. 1:2-3

- I. La fe, el amor y la esperanza componen la estructura básica de una vida santa para la vida de iglesia, la cual es la verdadera vida cristiana y el contenido de la primera epístola que Pablo escribió a los tesalonicenses—1:2-3; 1 Co. 13:13:
 - A. La fe es la naturaleza y fuerza de nuestra obra; el amor es la motivación de nuestro trabajo y la característica del mismo; y la esperanza es la fuente de la perseverancia—1 Ts. 1:3.
 - B. La fe se ejercita para con Dios (v. 8), el amor se ejercita para con los santos (3:12; 4:9-10) y la esperanza está puesta en la venida del Señor (2:19).
 - C. Volverse de los ídolos a Dios es algo que se logra cuando la fe se infunde en los nuevos creyentes al oír ellos la palabra del evangelio; servir al Dios vivo y verdadero es algo que se realiza por el amor que el Dios Triuno —quien mora en los creyentes como el Suministrador todo-inclusivo— produce en dichos creyentes; y esperar de los cielos al Hijo de Dios es la esperanza que fortalece a los creyentes para que éstos permanezcan firmes en su fe—1:3, 9-10.
- II. La obra de fe es el fundamento de nuestra vida y servicio cristianos—v. 3:
 - A. La palabra “fe” se refiere tanto a aquello en lo cual los creyentes creen (la fe objetiva—Ef. 4:13; 1 Ti. 1:19b; 2 Ti. 4:7) como también a la acción de creer por parte de los creyentes (la fe subjetiva—Gá. 2:20).
 - B. La fe de los creyentes en realidad no es su propia fe sino Cristo mismo, quien entra en ellos para ser su fe—Ro. 3:22 y la nota 1; Gá. 2:16 y la nota 1.

- C. La fe proviene del oír, y el oír, por medio de la palabra de Cristo, oír equivale a ver, y ver equivale a conocer a Cristo—Ro. 10:17:
1. Cuando la palabra de la Biblia nos es predicada y nosotros la escuchamos, tenemos contacto con Cristo, quien es la Palabra viva contenida en la Palabra escrita, y entonces Él, como el Espíritu vivificante que mora en nosotros, llega a ser la palabra aplicada—Jn. 1:1; 5:39-40; 6:63.
 2. Cuando ponemos nuestros ojos en Jesús, Él como Espíritu vivificante se imparte a nosotros como el elemento que nos capacita para creer, a fin de que Él crea por nosotros; por ende, Él mismo es nuestra fe—He. 12:2a.
- D. La fe es lo que da sustantividad a lo que se espera, la convicción de lo que no se ve; con fe, nada es imposible—11:1; 2 Co. 4:18; Mt. 17:20b.
- E. La fe es el indicador que mide la vida de los creyentes con respecto al disfrute que ellos tienen de la Trinidad Divina—1 Ts. 1:3, 5, 7-8; Ro. 1:8:
1. La fe es la palabra de Dios aceptada por nosotros; debido a que esta fe es viviente y activa, da por resultado la obra de fe, la cual incluye todas las acciones apropiadas que se originan en nuestra fe viviente—1 Ts. 1:7-10.
 2. La fe consiste en creer que Dios es; creer que Dios es implica que nosotros no somos; Él debe ser el único en todo, y nosotros debemos ser nada en todas las cosas—He. 11:6; Gn. 5:24; Jn. 8:58; 2 Co. 5:7.
- F. La forma de recibir tal fe es tener contacto con la fuente, el Señor, el Dios procesado y consumado, lo cual hacemos al invocarle, al orar a Él y al orar-leer Su palabra—He. 4:16; Ro. 10:12; 2 Ti. 2:22; Ef. 6:17-18.
- G. Debemos ejercitar nuestro espíritu de fe para creer en el Señor y para proclamarlo a Él; la fe está en nuestro espíritu, el cual está mezclado con el Espíritu Santo—2 Co. 4:13.
- III. El trabajo de amor es la clave para que nuestra obra de fe sea fructífera—1 Ts. 1:3:
- A. El amor es la motivación intrínseca, la vida interna y la verdadera fuerza de nuestra obra de fe—Gá. 5:6; cfr. Col. 1:28—2:1; 1 Co. 15:58; Hch. 20:20, 31.

- B. Dios es amor; nosotros amamos, porque Él nos amó primero—1 Jn. 4:8, 19:
1. El amor de Dios nos motiva a nosotros, Sus hijos, para amar a las personas sin discriminación alguna—Mt. 5:43-48; cfr. 9:12-13; 27:38; Lc. 23:42-43.
 2. El amor nos motiva para pastorear a las personas con el corazón de nuestro Padre Dios, el cual ama y perdona, y con el espíritu de nuestro Salvador Cristo, el cual pastorea y busca—15:3-10, 17-18; Jn. 10:11, 16; 21:15-17; 1 P. 2:25; 5:4.
 3. El amor no tiene envidia, no se irrita, no toma en cuenta el mal, todo lo cubre, todo lo soporta, nunca deja de ser y es superior a todo lo demás—1 Co. 13:4-8, 13.
 4. El Cuerpo de Cristo se edifica a sí mismo en amor—Ef. 4:16; 1 Co. 8:1.
 5. Necesitamos un espíritu ardiente de amor para vencer la degradación de la iglesia—2 Ti. 1:6-7; 2 Co. 5:14; 12:15.
 6. Si hemos de vencer la degradación de la iglesia, es preciso que sigamos el amor con los que de corazón puro invocan al Señor—2 Ti. 2:22; 1 Co. 13:1.
 7. El amor es el camino más excelente para ser y hacer cualquier cosa en pro de la edificación del Cuerpo de Cristo—12:31b—13:1.
- IV. La perseverancia en la esperanza es la perdurabilidad de nuestra obra de fe:
- A. La vida que hemos recibido mediante la regeneración nos capacita para tener esperanza, en muchos aspectos, con respecto a esta era, a la era venidera y a la eternidad—1 P. 1:3; Tit. 1:2:
1. Con respecto a esta era, tenemos la esperanza de crecer en la vida divina, de madurar y manifestar nuestros dones, de ejercer nuestras funciones, de ser transformados, de vencer, de que nuestro cuerpo sea redimido y de entrar en la gloria—Col. 1:27; 1 P. 1:3-5, 9; Ro. 8:23-25, 30; Fil. 3:21; 2 Ti. 4:7-8.
 2. Con respecto a la era venidera, tenemos la esperanza de entrar en el reino, de reinar con el Señor y de disfrutar de las bendiciones de la vida eterna durante la manifestación del reino de los cielos—Ap. 5:10; 2 Ti. 4:18.

3. Con respecto a la eternidad, tenemos la esperanza de llegar a ser la Nueva Jerusalén, cuando participaremos de forma plena en las bendiciones consumadas de la vida eterna en su manifestación suprema por la eternidad—Ap. 21:1-7; 22:1-5.
 - B. La perseverancia en la esperanza se sobrepone a toda clase de desilusiones, desalientos e imposibilidades; y vence toda clase de oposiciones, obstáculos y contrariedades—He. 4:16; Fil. 2:13; 4:11-13; 1 Co. 15:58; 2 Ts. 3:5.
 - C. La consumación de tal perseverancia es que los pecadores sean salvos, los creyentes sean alimentados, los santos sean perfeccionados, y sea edificada la iglesia, el Cuerpo de Cristo, con miras al reino de Dios y de Cristo—2 Co. 6:4; 1 Co. 15:58.
- V. Nuestra obra de fe, nuestro trabajo de amor y nuestra perseverancia en la esperanza se conforman “a la medida de la regla que el Dios que mide todas las cosas nos ha repartido”—2 Co. 10:13:
- A. En la obra espiritual, lo más importante es conocer el “modelo ... [que ha sido mostrado] en el monte” (He. 8:5); si no comprendemos cuál es el plan de Dios, será imposible llevar a cabo la obra de Dios (Hch. 26:19).
 - B. Cada obrero tiene una obra específica que Dios le ha asignado y una senda por la cual Dios desea que camine; si usted está en la posición que le corresponde, labora en el servicio que le ha sido asignado y anda por el camino que le ha sido señalado, ésa es la mayor gloria—13:25a, 36a; 20:24; 2 Ti. 4:7.

MENSAJE TRES

LA FE, EL AMOR Y LA ESPERANZA: LA ESTRUCTURA DE UNA VIDA SANTA PARA LA VIDA DE IGLESIA

Oración: Señor Jesús, te amamos. Te agradecemos por Tu misericordia para cada uno de nosotros. Te agradecemos por la iglesia que está en el Dios Triuno. Señor, oramos pidiéndote más revelación. Oramos pidiéndote que nos concedas un espíritu de sabiduría y de revelación. Sálvanos de estar llenos de conocimiento viejo. Oramos pidiéndote que nuestros corazones se vuelvan completamente a Ti. Oramos pidiéndote que nos fortalezcas en nuestro hombre interior y que nuestros espíritus estén plenamente ejercitados. Llévanos en espíritu a un monte grande y alto a fin de que podamos contemplar el deseo de Tu corazón como nunca antes. Señor, de manera fresca y nueva, nos consagramos a Ti; nos entregamos a Ti. Señor, fórmate en nuestro ser, santifícanos y prepáranos para llegar a ser Tu novia. Llévanos a la realidad de una vida santa para la vida de iglesia. Amén.

EL TEMA FUNDAMENTAL DE 1 Y 2 TESALONICENSES: UNA VIDA SANTA PARA LA VIDA DE IGLESIA

En este mensaje abordaremos el tema fundamental del 1 y 2 Tesalonicenses, a saber: una vida santa para la vida de iglesia. Al considerar este tema seguimos edificando sobre el fundamento establecido en los dos mensajes anteriores, donde vimos que la iglesia está en el Dios Triuno. El Señor desea que la iglesia que está en el Dios Triuno no solamente sea una revelación para nosotros, ni simplemente un hecho, sino una realidad manifestada en términos prácticos y concretos.

Las dos epístolas a los tesalonicenses tratan el tema de una vida santa para la vida de iglesia. Pero, ¿quién es esta vida santa? Esta vida santa es el propio Dios Triuno. Él es nuestra vida santa, la vida santa para la vida de iglesia. Queremos disfrutarle como nuestra vida santa. El adjetivo *santa* implica la naturaleza de Dios. Toda vida posee su propia naturaleza. Queremos ser iguales a Dios en vida y naturaleza, y queremos disfrutar del Dios Triuno como nuestra vida santa.

Debido a lo experimentado por el Dios Triuno al pasar por Su encarnación, Su vivir humano, Su crucifixión y Su resurrección, Él llegó a ser el Dios en el cual nosotros podemos entrar. Él es el tabernáculo (Jn. 1:14) y el Lugar Santísimo que está dentro del tabernáculo. Al aplicar a nuestro ser la sangre de Jesús que nos limpia de todo pecado (1 Jn. 1:7), tenemos confianza para entrar en el Dios Triuno. Puesto que Él es el Lugar Santísimo, al entrar en Él entramos en Aquel que es “el Espíritu, el Santo”; por tanto, podemos ser santificados con Su naturaleza santa hasta llegar a ser Su novia santa, quien es también la santa ciudad (Ap. 21:2). Al final de este proceso llegamos a ser exactamente iguales a Él en vida y naturaleza. Además, disfrutamos de Su vida, es decir, de Su salvación orgánica. Él no solamente es el Dios en quien podemos entrar, sino que también es el Dios procesado. Debido a que Dios pasó por un proceso, ahora Él puede entrar en nuestro ser como nuestra vida santa. Él quiere impartirse a todo nuestro ser tripartito para hacer de nosotros personas llenas de la vida divina; como tales, somos una nueva especie, una nueva invención, en este universo: somos la mezcla del Dios Triuno con el hombre tripartito. Así pues, la vida santa para la vida de iglesia constituye, de manera más definida, la revelación, la experiencia y la realidad de la iglesia que está en el Dios Triuno. Tenemos que ser personas que llevan una vida santa para la vida de iglesia esperando la venida del Señor.

El tema de las epístolas a los tesalonicenses es una vida santa para la vida de iglesia, y la fe, el amor y la esperanza componen la estructura fundamental de dicho tema, de nuestra vida cristiana y de la vida de iglesia que llevamos como grupos vitales. En 1 Tesalonicenses 1:3 Pablo declara: “Acordándonos sin cesar delante del Dios y Padre nuestro de vuestra obra de fe, de vuestro trabajo de amor y de vuestra perseverancia en la esperanza en nuestro Señor Jesucristo”. La fe se convierte en la obra de fe; el amor, en el trabajo de amor; y la esperanza, en la perseverancia en la esperanza. Pablo pudo haber escrito: “Acordándonos sin cesar de vuestra obra, de vuestro trabajo y de vuestra perseverancia”, sin mencionar la fe, el amor y la esperanza. Pero, ¿quisiéramos tener tal clase de vida cristiana? ¿Qué clase de vida cristiana sería esa? Sería solamente una vida llena de actividades, llena de fatigas debilitadoras, llena de cansancio, sufrimiento, descontento y esfuerzo por perseverar. Pero la vida cristiana no se caracteriza por estas cosas. Ella no consiste en obras simplemente, sino en la obra de fe. ¿Quién es la fe? La fe es Cristo. El amor es Cristo. La esperanza es también Cristo mismo. Así

pues, tenemos que ser personas que están llenas de Cristo como fe, llenas de Cristo como amor y llenas de Cristo como esperanza. Cuando estamos llenos de Cristo como fe, espontáneamente esta fe se convierte en la obra que realizamos. De la misma manera, Cristo como amor se convierte en el trabajo que llevamos a cabo, y la esperanza en el retorno de Cristo viene a ser nuestra perseverancia. ¡Esto es maravilloso!

La obra de fe

Hebreos 12:1-2 dice: “Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que tan fácilmente nos enreda, y corramos con perseverancia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el Autor y Perfeccionador de nuestra fe, el cual por el gozo puesto delante de Él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios”. Nuestra vida cristiana es una carrera, no una carrera corta, sino de larga distancia; por tanto, tenemos que despojarnos de todo peso y del pecado que tan fácilmente nos enreda. Hacemos esto al poner nuestros ojos en Jesús. Fijar nuestra mirada en Jesús significa que Él tiene toda nuestra atención. ¡Oh, que apartemos la mirada de todo cuanto nos distrae en este universo y pongamos los ojos en Jesús! Cuando le contemplamos, Él es transfundido e infundido a nuestro ser y llega a ser el elemento que nos capacita para creer, a fin de que Él crea por nosotros. De este modo, Él llega a ser nuestra fe. En Gálatas 2:20 Pablo dijo: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y la vida que ahora vivo en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a Sí mismo por mí”. Nuestra fe es “la fe *del* Hijo de Dios”; es Su fe. Pero no es meramente Su fe, sino que es Él mismo como nuestra fe. La nota 3 de Hebreos 12:2 en la Versión Recobro del Nuevo Testamento dice:

Jesús es el Autor de la fe. Él es el Originador, el Inaugurador, el origen y la causa de la fe. En nuestro hombre natural no tenemos la capacidad de creer. No tenemos fe por nosotros mismos. La fe por medio de la cual somos salvos es la fe preciosa que hemos recibido del Señor (2 P. 1:1). Cuando ponemos los ojos en Jesús, Él como Espíritu vivificante (1 Co. 15:45) se infunde en nosotros, nos infunde Su elemento que hace creer. Luego, espontáneamente, cierta clase de fe surge en nuestro ser, y así tenemos la fe para

creer en Él. Esta fe no proviene de nosotros, sino de Aquel que se imparte en nosotros como el elemento que cree, a fin de que Él crea por nosotros. Por consiguiente, Él mismo es nuestra fe. Vivimos por Él como nuestra fe; es decir, vivimos por Su fe (Gá. 2:20), y no por la nuestra.

Jesús, como el Autor y el origen de la fe, también es el Líder, el Pionero y el Precursor de la fe. Él abrió el camino de la fe y, como Precursor, fue el primero que anduvo en él. Por lo tanto, puede llevarnos en Sus pisadas por el camino de la fe. Mientras ponemos los ojos en Él, el Originador de la fe en Su vida y en Su camino sobre la tierra, y el Perfeccionador de la fe en Su gloria y en el trono en los cielos, Él nos imparte y nos infunde la fe a la que dio origen y perfeccionó.

Cristo no solamente engendra fe en nosotros, sino que además Él es el Autor y Perfeccionador de nuestra fe (He. 12:2).

En 2 Tesalonicenses 1:3 Pablo dice: “Debemos siempre dar gracias a Dios por vosotros, hermanos, como es propio, por cuanto vuestra fe crece sobremanera, y el amor de todos y cada uno de vosotros abunda para con el otro”. Nuestra fe —Cristo en nosotros— tiene que crecer. Él tiene que crecer. Pablo, al sentirse alentado por los tesalonicenses, dijo: “Partiendo de vosotros ha resonado la palabra del Señor, no sólo en Macedonia y Acaya, sino que también en todo lugar vuestra fe para con Dios se ha extendido, de modo que nosotros no tenemos necesidad de decir nada” (1 Ts. 1:8). En este versículo vemos que el hecho de haya resonado la palabra del Señor, el evangelio, es sinónimo de que la fe se haya extendido. ¿En qué consiste nuestra obra? ¿En qué consiste nuestro evangelio? Nuestra obra es una obra de fe. Tenemos que ser personas que están llenas de Cristo como nuestra fe. Tenemos que ser personas en las que Cristo es constantemente infundido. Entonces, esta fe se convierte en nuestra capacidad para dar sustantividad a lo que no se ve. Esta capacidad para dar sustantividad es el propio Cristo como el Espíritu siete veces intensificado, el Espíritu vivificante, todo-inclusivo y *pneumático*. Podemos ver a Dios, tocar a Dios, probar a Dios y escuchar a Dios debido a que Cristo mora en nosotros como nuestra fe y, como tal, Él es nuestro “sexto sentido”.

El trabajo de amor

En 2 Corintios 5:14 dice: “El amor de Cristo nos constriñe”. ¿Qué

hace que los hermanos y hermanas laboren sirviendo? ¿Qué los motiva? ¿Qué los constriñe? El amor de Cristo nos motiva y constriñe. Espero que todos nosotros, especialmente todos los jóvenes, ofrezcamos cada día la siguiente oración: “Señor, constriñeme con Tu amor para que ya no viva para mí sino solamente para Ti”. ¿Por qué predicamos el evangelio? Predicamos el evangelio porque amamos al Señor Jesús. Cuando fui salvo, nadie me exhortó a predicar el evangelio. No tenía noción alguna de lo que significaba ser un cristiano, pero poco después de que fui salvo, le hablé a uno de mis compañeros de trabajo sobre el Señor Jesús. Simplemente me sentí compelido a hacerlo. Cuando ustedes aman a alguien, tienen que hablar de esa persona. Uno habla de aquello que ama, ya sea una persona o cosa. Si alguien ama el fútbol, después de quince minutos de conversación comenzará a hablar de fútbol. Si usted ama las matemáticas, nos hablará de matemáticas. Pero si usted ama a Cristo, nos hablará de Cristo y querrá laborar para impartir a Cristo a las personas.

Quisiera darles un pequeño ejemplo de lo que significa ser constreñidos por el amor del Señor. En los días en que se edificó el salón de reuniones en Irving, Texas, yo asistía a la escuela, tenía un trabajo y tenía una esposa y dos hijos. Así pues, mi itinerario diario incluía la escuela, mi esposa y los niños, la construcción del salón de reuniones y las reuniones de la iglesia, todo ello en un solo ciclo continuo. En ocasiones me sentía completamente exhausto. Cierta noche se me encargó instalar un piso de vinilo en el salón de reuniones que estábamos construyendo. En mi hombre natural yo no quería estar allí, pero recuerdo haberle dicho al Señor, mientras esparcía el pegamento en el piso: “Señor, quiero colocar este piso de vinilo motivado por mi amor hacia Ti”. Esto hizo que me volviera al Señor y le disfruté mucho. Nuestra labor es una labor de amor.

La perseverancia en la esperanza

Colosenses 1:27 dice: “Cristo en vosotros, la esperanza de gloria”. Es algo maravilloso que tengamos tal esperanza en nuestro ser. Antes de ser salvos, según Efesios 2:12, estábamos “separados de Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo”. Un cuadro de nuestra condición en el mundo antes de ser salvos es presentado al final del libro de Génesis, que dice: “Murió José a la edad de ciento diez años; y lo embalsamaron, y fue puesto en un ataúd en Egipto” (50:26). Nosotros estábamos en

Egipto, en el mundo y no teníamos esperanza alguna. Mientras ustedes leen este mensaje, independientemente de los éxitos y fracasos que hayan experimentado, en lo profundo de su ser existe una esperanza, pues Cristo en vosotros es la esperanza de gloria.

Cristo es la fe, el amor y la esperanza. Estos tres son Cristo, y todos ellos son el Dios Triuno, porque Cristo es la corporificación del Dios Triuno. En Él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad (Col. 2:9). Hoy en día, el Cristo *pneumático*, es la realidad del Dios Triuno procesado y consumado.

Estos tres —la fe, el amor y la esperanza— conforman también la estructura del edificio de Dios. Nuestro disfrute de Cristo como corporificación del Dios Triuno tiene como finalidad que Él obtenga Su edificio. Él desea forjarse en nuestro ser y desea que nosotros seamos forjados en Su ser. Cuando consideramos la fe, el amor y la esperanza desde este otro ángulo, vemos que la fe es el fundamento del edificio de Dios, el amor es el proceso de tal edificación y la esperanza es la piedra cimera del edificio de Dios. Nuestra esperanza es que Cristo vendrá otra vez, que nosotros seremos glorificados y que, finalmente, seremos completamente “Cristificados” e “hijificados”, para ser iguales a Cristo en todo nuestro ser: espíritu, alma y cuerpo. La fe es el fundamento, y Cristo mismo es el fundamento del edificio de Dios. El amor es el proceso de tal edificación. El Señor edifica Su iglesia al infundirnos Su amor y al hacer que le amemos con todo nuestro ser. En 1 Pedro 1:8 se afirma: “A quien amáis sin haberle visto”, y en 2:4 dice: “Acercándoos a Él, piedra viva, desechada por los hombres, mas para Dios escogida y preciosa”. Al amarle, le experimentamos, le disfrutamos, Él se forja en nuestro ser y somos deificados por Él; es decir, somos hechos “piedras”, pues adquirimos Su “vida y naturaleza pétrea” a fin de llegar a ser exactamente iguales a Él, a saber, piedras vivas que constituyen la estructura del edificio de Dios. Finalmente, la esperanza es la piedra cimera que remata el edificio de Dios y, según Zacarías 4:7, Cristo es la piedra cimera de dicho edificio.

El deseo de Dios es realizar una obra de recobro que consista en recobrar única y completamente la persona de Cristo. Cuando estamos llenos de Cristo como fe, amor y esperanza, llegamos a ser otra clase de persona. En 1 Tesalonicenses 1:5 Pablo dice: “Nuestro evangelio no llegó a vosotros en palabras solamente, sino también en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre, como bien sabéis qué clase de persona fuimos entre vosotros por amor de vosotros”. En el capítulo

dos vemos la obra de Pablo, su trabajo y su perseverancia. Él era una persona llena de fe, en quien la fe había sido plenamente infundida; además, él era una persona a quien el amor de Cristo constreñía y una persona que era sellada continuamente por el Espíritu, de tal modo que el Espíritu podía saturarla con todos los ingredientes del Espíritu. Somos sellados continuamente por el Espíritu hasta el día de la redención (Ef. 1:13-14; 4:30); ésta es nuestra esperanza. Cristo como fe, amor y esperanza es la totalidad del edificio de Dios.

El Dios Triuno se imparte en el hombre tripartito como fe, amor y esperanza

Al considerar la fe, el amor y la esperanza, también podemos ver al Padre como la fuente. Hebreos 12:9 dice: “¿Por qué no nos sometemos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos?”. Nosotros nacimos de Dios el Padre en nuestro espíritu, así que Él es el Padre de los espíritus. En 2 Corintios 4:13 dice que nuestro espíritu es un espíritu de fe. Cuando ponemos juntos estos dos versículos podemos ver que es por el Padre como la fuente —quien se infunde a nuestro ser en la persona de Cristo como el Espíritu con Su elemento divino— que en nuestro ser se produce la reacción de fe. ¡Esto es maravilloso!

También podemos ver que el Dios Triuno —el Padre, el Hijo y el Espíritu— se imparte en el hombre tripartito —espíritu, alma y cuerpo— como fe, amor y esperanza. El Padre es la fuente de la fe. Él es el Padre de los espíritus, y nuestro espíritu es un espíritu de fe. Cuando ejercitamos nuestro espíritu de fe, Dios mismo es infundido a nuestro ser y podemos dar sustantividad a Dios en nuestro ser. Entonces, Dios llega a ser muy real y precioso para nosotros. Por tanto, la fe atañe a nuestro espíritu.

En 2 Corintios 5:14 se nos habla del amor de Cristo. Este amor es Cristo el Hijo. El amor atañe a nuestra alma. Según Marcos 12:30, tenemos que amar al Señor nuestro Dios con todo nuestro corazón, alma, mente y fuerzas. Cuando somos constreñidos por el amor de Cristo y Él mismo es infundido a nuestro ser como amor, le amamos con toda nuestra alma y corazón.

Efesios 4:4 dice: “Un Cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación”. Y el versículo 30 dice: “No contristéis al Espíritu Santo de Dios, en el cual fuisteis sellados para el día de la redención”. Hay un solo Cuerpo y un solo Espíritu. Al ser sellados por el Espíritu —mediante lo cual el Espíritu

como la tinta divina, mística y celestial estampa la imagen de Cristo en nuestro ser—, el Espíritu hace que todos los ingredientes divinos y místicos de Su persona, Su obra y los procesos por los cuales Él pasó se mezclen con nuestro propio ser, incluso hasta saturar por completo nuestro cuerpo. En esto consiste la redención de nuestro cuerpo. Aquí vemos que el Padre, el Hijo y el Espíritu se imparte a nuestro espíritu, alma y cuerpo como la estructura básica de nuestra vida cristiana, a fin de que todo nuestro ser sea reestructurado con la Trinidad Divina. Esto hace posible que nosotros llevemos una vida santa para la vida de iglesia.

LA FE, EL AMOR Y LA ESPERANZA COMPONEN

LA ESTRUCTURA DE UNA VIDA SANTA PARA LA VIDA DE IGLESIA, LA CUAL ES LA VERDADERA VIDA CRISTIANA Y EL CONTENIDO DE LA PRIMERA EPÍSTOLA QUE PABLO ESCRIBIÓ A LOS TESALONICENSES

La fe, el amor y la esperanza componen la estructura de una vida santa para la vida de iglesia, la cual es la verdadera vida cristiana y el contenido de la primera epístola que Pablo escribió a los tesalonicenses (1:2-3; 1 Co. 13:13).

La fe es la naturaleza y fuerza de nuestra obra; el amor es la motivación de nuestro trabajo y la característica del mismo; y la esperanza es la fuente de la perseverancia

La fe es la naturaleza y fuerza de nuestra obra; el amor es la motivación de nuestro trabajo y la característica del mismo; y la esperanza es la fuente de la perseverancia (1 Ts. 1:3). Hechos 17 relata la manera en que la iglesia en Tesalónica fue establecida. Según Hechos 17, Pablo predicó a los tesalonicenses durante tres sábados consecutivos (vs. 1-2). Esto nos da a entender que Pablo probablemente estuvo entre ellos por menos de un mes. Aunque él estuvo con ellos por menos de un mes, aún así los introdujo en las verdades más profundas. Por un lado, éstos pueden parecer temas sencillos; pero, por otro, son asuntos inmensamente profundos, hondos y ricos. Aquí podemos ver que la cúspide de la revelación divina fue predicada a algunos creyentes que eran muy jóvenes en el Señor. ¡Alabado sea el Señor por la cúspide de la revelación divina!

Pablo predicó en Tesalónica, y ello hizo que Dios se infundiera en algunos de sus oyentes, los cuales creyeron en el Señor al convertirse éste

en el elemento que los capacitó para creer. Entonces, ellos comenzaron a amar al Señor, y en su ser anidó la esperanza. Sin embargo, también surgieron algunos opositores, quienes, celosos por el judaísmo, tomaron consigo algunos hombres malvados de entre los ociosos de la plaza, y juntando una turba, se levantaron en contra de Pablo (v. 5). En medio de semejante oposición, ¿qué hizo que Pablo perseverase? En más de una ocasión, al predicar el evangelio de puerta en puerta, nos han cerrado las puertas en nuestras narices. Si bien hemos tenido experiencias muy positivas, también hemos enfrentado oposición. ¿Qué hacen ustedes cuando les cierran las puertas de esa manera? ¿Acaso dicen: “Me voy a casa”? En cierta ocasión los opositores apedrearón a Pablo y le arrastraron fuera de la ciudad, dejándolo allí suponiendo que estaba muerto; pero cuando los discípulos le rodearon, él se levantó, volvió a entrar en la ciudad y, al día siguiente, fue a otra ciudad a anunciar el evangelio (14:19-21). Si yo hubiese estado en la situación de Pablo, tal vez me hubiese levantado y dicho: “Hermanos, éste es un gran error. Me voy a casa. Voy a ver un médico de inmediato”. Pero Pablo no procedió así. Al día siguiente, él fue a otra ciudad a predicar el evangelio. ¿Qué lo motivaba? Pablo era una persona que estaba locamente enamorada de Jesús. Entre nosotros hay muchos hermanos y hermanas que, en este sentido, son verdaderos modelos para nosotros. Ellos aman al Señor, predicán el evangelio y cuidan de los santos arrojando toda clase de sufrimientos, tormentas y pruebas. ¿Qué los motiva? El amor de Cristo los constriñe. Yo también quiero ser una persona que está locamente enamorada de Jesús.

La esperanza es la fuente de la perseverancia. El último mensaje de este entrenamiento se titula: “La esperanza de ser arrebatados”. ¿Es ésta su esperanza? Quizás nuestra esperanza estribe en muchas otras cosas, especialmente si somos jóvenes. Pero nuestra esperanza, nuestro destino y meta final, es la de ser plenamente “Cristificados”. El Señor hizo surgir Su recobro para propiciar Su retorno. Tenemos el anhelo de ser preparados para llegar a ser la novia de Cristo y apresurar Su retorno.

La fe se ejercita para con Dios, el amor se ejercita para con los santos y la esperanza está puesta en la venida del Señor

La fe se ejercita para con Dios (1 Ts. 1:8), el amor se ejercita para con los santos (3:12; 4:9-10) y la esperanza está puesta en la venida del Señor (2:19). En 1 Tesalonicenses 5:8 Pablo dice que en esta batalla

espiritual contamos con una coraza de fe y amor, y también tenemos como yelmo protector la esperanza de salvación. De esta manera somos equipados no solamente para nuestro vivir, sino también para combatir en la guerra espiritual.

**Por la fe nos volvemos de los ídolos a Dios,
por amor servimos al Dios vivo y verdadero,
y nuestra esperanza consiste en esperar
de los cielos al Hijo de Dios**

Volverse de los ídolos a Dios es algo que se logra cuando la fe se infunde en los nuevos creyentes al oír ellos la palabra del evangelio; servir al Dios vivo y verdadero es algo que se realiza por el amor que el Dios Triuno —quien mora en los creyentes como el Suministrador todo-inclusivo— produce en dichos creyentes; y esperar de los cielos al Hijo de Dios es la esperanza que fortalece a los creyentes para que éstos permanezcan firmes en su fe (1:3, 9-10). En 1 Tesalonicenses 1:9-10 dice: “Porque ellos mismos cuentan de vosotros cómo fue nuestra entrada entre vosotros, y cómo os volvisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a Su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera”. En este pasaje podemos ver la estructura completa de una vida santa para la vida de iglesia.

Volverse de los ídolos a Dios es algo que se logra cuando la fe es infundida en los nuevos creyentes al oír ellos la palabra del evangelio. Por tanto, nuestra obra es una obra de fe, una obra que procede de la fe. La fe es lo que hacemos; es nuestra obra. Al poner los ojos en Jesús, Él se infunde en nosotros; y al permanecer bajo Su infusión, el elemento que Él nos infunde se convierte en el elemento que nos capacita para creer, a fin de que Él crea por nosotros. De esta manera, vivimos por fe, andamos por fe y trabajamos por fe; toda nuestra vida permanece en la esfera invisible. Debido a que poseo un espíritu de fe, cuando ejercito mi espíritu puedo tener contacto con Dios, quien es Espíritu. Dios es el agua viva, el agua verdadera. Cuando ejercito mi espíritu puedo beber a Dios. Él es mi verdadero alimento. Cuando ejercito mi espíritu para ingerir Su palabra, puedo ingerirlo a Él mismo como mi alimento. Es por medio de mi espíritu que puedo dar sustantividad a Dios en mi ser. Puedo tocar a Dios al ejercitar mi espíritu. Podemos ejercitar nuestro espíritu para ver y escuchar a Dios.

Cuando ejercitamos nuestro espíritu, podemos incluso oler a Cristo. Poseemos un sentido del olfato divino y misterioso. Cuando ejercitamos nuestro espíritu, somos fragancia de Cristo (2 Co. 2:15). Si permanecemos en el mundo, despediremos el olor del ajo y la cebolla egipcios. Pero si permanecemos bajo la infusión de Cristo mismo, seremos fragancia de Cristo. Si estamos llenos de fe y la fe nos es infundida constantemente, todos los ídolos en nuestro ser serán derribados. Todo aquello que reemplaza a Cristo —todo lo que amamos más que a Cristo mismo— es derribado. Todo lo que colocamos por encima de Cristo es un ídolo que ha sido erigido en nuestro ser. Un ídolo no solamente es un cuadro o una efigie; éstos son apenas objetos externos, ídolos visibles. En Ezequiel 14:3 el Señor dijo al pueblo que ellos habían erigido ídolos en sus corazones. Esto quiere decir que, intrínsecamente, los ídolos están en nuestro interior. Si amamos a alguien más que al Señor mismo, esa persona se convierte en un ídolo para nosotros.

Al volverse a Dios, usted puede ofrecer la siguiente oración: “Señor, quiero darte plena cabida en todo mi ser. Quiero que ocupes el primer lugar en mi ser. Quiero que seas todo para mí, no solamente en mi espíritu, sino también en mi mente, voluntad y parte emotiva. Incluso quiero que satures mi cuerpo. Quiero que Tú ocupes el primer lugar en todas las áreas de mi ser y en cada detalle de mi vida: en mi vida familiar, en mi vida diaria y en mi servicio”. Si usted se vuelve a Dios de este modo, todos los ídolos en su ser serán derribados, y Él llegará a ser preeminente en su ser; con lo cual, Él será magnificado en su ser. Entonces, cuando usted salga a hablarle a las personas —ya sea predicando el evangelio a los incrédulos o pastoreando a los santos con palabras de aliento— hará que ellos también se vuelvan de los ídolos a Dios, pues usted será una persona en la que Cristo se infunde constantemente como fe. ¿No es ésta nuestra experiencia? ¿No ha sido usted pastoreado por aquellos santos que, al hablarle, le infundieron a Dios mismo? Como resultado de tal pastoreo, Cristo volvió a ser preeminente para usted. Ésta es la obra de fe.

¿Qué quiere decir servir al Dios vivo y verdadero? En primer lugar, quiere decir que Dios es viviente y real para nosotros en nuestra vida diaria, a saber, Él vive en nosotros. Por tanto, nosotros somos la casa del Dios viviente (1 Ti. 3:15). Que Dios sea viviente significa que Él nos rige, nos corrige internamente y nos dirige. Hay algo viviente que opera en nuestro ser, y las personas que nos rodean pueden percibirlo. ¿Acaso

no es usted regulado, regido, por Él? Quizás hubo cierto conflicto entre usted y el Señor con respecto a venir a este entrenamiento. Él le dijo: “Ve”, pero usted le respondió: “No”. Pero, al final, Él lo derrotó. Esto muestra que servimos a un Dios vivo. Él nos regula, corrige y dirige todo el tiempo.

Finalmente, nuestro destino, nuestra meta, está enfocado en nuestro Señor que regresa. Estamos en los últimos días y están sucediendo muchas eventos sin precedentes. Recientemente ha habido una serie de terremotos, como el terremoto gigantesco que tuvo lugar en Asia, el cual generó un terrible maremoto que causó que por lo menos una isla se moviera de su lugar. A medida que el Señor se acerca, los terremotos aumentarán, no solamente en frecuencia sino también en intensidad. Finalmente, habrá un gran terremoto al inicio de la gran tribulación y todo monte e isla se removerá de su lugar (Ap. 6:14). Estos son los últimos días, y nuestra esperanza no debería estar puesta en este mundo.

LA OBRA DE FE ES EL FUNDAMENTO DE NUESTRA VIDA Y SERVICIO CRISTIANOS

La obra de fe es el fundamento de nuestra vida y servicio cristianos (1 Ts. 1:3). Aquí la palabra *obra* significa actos, acciones o actividades; la obra de fe significa los actos de fe, las acciones de fe o las actividades de la fe. El mover del Señor mediante el cual emigramos a Rusia bajo el liderazgo del hermano Lee, constituyó una gran acción de fe. Fue un inmenso acto de fe de parte de los hermanos y hermanas ir a Rusia en el invierno de 1991.

La palabra “fe” se refiere tanto a aquello en lo cual los creyentes creen (la fe objetiva) como también a la acción de creer por parte de los creyentes (la fe subjetiva)

La palabra “fe” se refiere tanto a aquello en lo cual los creyentes creen (la fe objetiva—Ef. 4:13; 1 Ti. 1:19b; 2 Ti. 4:7) como también a la acción de creer por parte de los creyentes (la fe subjetiva—Gá. 2:20). Cuando nos referimos a la obra de fe, nos referimos a la acción de creer. En el contexto de la economía de Dios, la fe objetiva, esto es, la realidad de la fe, constituye la escena divina. Cuando Dios nos habla y escuchamos Su palabra, ésta es para nosotros la palabra de fe. En este caso, el acto de oír equivale a ver. Somos como una cámara fotográfica. Cuando se nos predica la palabra de fe y ejercitamos nuestro espíritu, la luz resplandece y penetra en nuestro interior; luego, se produce un

“¡clic!” en nuestro espíritu de tal modo que la escena que se encontraba fuera de nosotros, la fe objetiva, es infundida a esa “película” que es nuestro espíritu, convirtiéndose así en nuestra fe subjetiva, nuestra acción de creer.

**La fe de los creyentes en realidad
no es su propia fe sino Cristo mismo,
quien entra en ellos para ser su fe**

La fe de los creyentes en realidad no es su propia fe sino Cristo mismo, quien entra en ellos para ser su fe (Ro. 3:22 y la nota 1; Gá. 2:16 y la nota 1).

**La fe proviene del oír, y el oír,
por medio de la palabra de Cristo,
oír equivale a ver, y ver equivale a conocer a Cristo**

La fe proviene del oír, y el oír, por medio de la palabra de Cristo, oír equivale a ver, y ver equivale a conocer a Cristo (Ro. 10:17). La fe proviene del oír, y el oír, por medio de la palabra de Cristo. Para que la fe crezca en nuestro ser, tenemos que escuchar la Palabra todos los días. Cuando escuchamos a Cristo y lo vemos, entonces sentimos aprecio por Él. Tal aprecio por Cristo es una reacción divina a Su atracción divina, mística, hermosa y celestial. Esa reacción divina a Su atracción es nuestra fe subjetiva.

*Tenemos contacto con Cristo como la Palabra viva
contenida en la Palabra escrita, y Cristo,
como Espíritu vivificante,
llega a ser la palabra que se aplica a nosotros*

Cuando la palabra de la Biblia nos es predicada y nosotros la escuchamos, tenemos contacto con Cristo, quien es la Palabra viva contenida en la Palabra escrita, y entonces Él, como el Espíritu vivificante que mora en nosotros, llega a ser la palabra aplicada (Jn. 1:1; 5:39-40; 6:63). La fe es el Dios subjetivo que se aplica a nuestro ser. El Dios subjetivo para nosotros es aplicado a nuestro ser cuando venimos a Cristo como la Palabra viviente contenida en la Palabra escrita. Cuando oramos la Palabra escrita y tenemos contacto con Él como Palabra viva, Él llega a ser la palabra que se aplica a nosotros. En esto consiste nuestra fe.

*Cuando ponemos nuestros ojos en Jesús,
Él como Espíritu vivificante se imparte a nosotros
como el elemento que nos capacita para creer,
a fin de que Él crea por nosotros; por ende, Él mismo es nuestra fe*

Cuando ponemos nuestros ojos en Jesús, Él como Espíritu vivificante se imparte a nosotros como el elemento que nos capacita para creer, a fin de que Él crea por nosotros; por ende, Él mismo es nuestra fe (He. 12:2a).

**La fe es lo que da sustantividad a lo que se espera,
la convicción de lo que no se ve;
con fe, nada es imposible**

La fe es lo que da sustantividad a lo que se espera, la convicción de lo que no se ve; con fe, nada es imposible (11:1; 2 Co. 4:18; Mt. 17:20b). Nada es imposible para la fe. Mateo 19:26 dice: “Para los hombres esto es imposible; mas para Dios todo es posible”. Dios mismo —infundido a nosotros en Cristo y como el Espíritu— es nuestra fe. Nada es imposible para la fe. Todos nosotros éramos casos imposibles; pero en el ámbito de la fe, lo imposible se hace posible.

**La fe es el indicador que mide la vida de los creyentes
con respecto al disfrute que ellos tienen de la Trinidad Divina**

*La fe es la palabra de Dios aceptada por nosotros;
debido a que esta fe es viviente y activa,
da por resultado la obra de fe,
la cual incluye todas las acciones apropiadas
que se originan en nuestra fe viviente*

La fe es el indicador que mide la vida de los creyentes con respecto al disfrute que ellos tienen de la Trinidad Divina (1 Ts. 1:3, 5, 7-8; Ro. 1:8). La fe es la palabra de Dios aceptada por nosotros; debido a que esta fe es viviente y activa, da por resultado la obra de fe, la cual incluye todas las acciones apropiadas que se originan en nuestra fe viviente (1 Ts. 1:7-10). En todas estas acciones está presente la proclamación de la palabra. También tenemos la impartición de la palabra de fe. La fe proviene del oír, y el oír, por medio de la palabra de Cristo. Incluso cuando servimos en asuntos prácticos, todo ello tiene como fin que la palabra sea impartida.

*La fe consiste en creer que Dios es;
creer que Dios es implica que nosotros no somos; Él debe ser el
único en todo, y nosotros debemos ser nada en todas las cosas*

La fe consiste en creer que Dios es; creer que Dios es implica que nosotros no somos; Él debe ser el único en todo, y nosotros debemos ser nada en todas las cosas (He. 11:6; Gn. 5:24; Jn. 8:58; 2 Co. 5:7). Hebreos 11:5 habla de Enoc quien, conforme a lo relatado en Génesis 5:24, caminó con Dios. Antes de ser arrebatado, tuvo testimonio de haber agradado a Dios. Espero que todos nosotros, en conjunto, como Su novia, lleguemos a escuchar que el Señor nos diga: “Bien, esclavo bueno y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor” (Mt. 25:21).

Hebreos 11:6 dice: “Sin fe es imposible agradar a Dios, porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que existe, y que es galardoador de los que con diligencia le buscan”. ¡Solo Dios es! ¡Nosotros no somos! La declaración: “No somos”, se halla implícita en la frase *Dios existe*. Si Dios es Aquel que *es* en todo nuestro ser, entonces usted *no es* en ninguna parte de su ser. Usted ya no vive, mas Cristo vive en usted (Gá. 2:20). Génesis 5:24 dice: “Caminó, pues, Enoc con Dios, y desapareció [lit. *no fue más*] porque le llevó Dios”. Enoc caminó con Dios debido a que experimentó que Dios *es*. Para él, Dios era el “Yo soy”. Él era todo para Enoc; así que, finalmente: “Enoc ... no fue más porque le llevó Dios”. En esto consiste vivir y servir por fe.

Al final de su vida y su ministerio, el hermano Lee citó varias veces una declaración de John Nelson Darby, quien dijo: “Oh, el gozo de poseer nada y ser nada, de únicamente ver al Cristo viviente en gloria y sólo atender a Sus intereses aquí en la tierra”. ¿No estamos llenos de gozo cuando nada tenemos excepto al propio Cristo? ¿No estamos llenos de gozo cuando Cristo lo es todo para nosotros? Estamos llenos de gozo cuando únicamente atendemos a Sus intereses. En esto consiste una vida de fe.

**La forma de recibir tal fe es tener contacto con la fuente,
el Señor, el Dios procesado y consumado,
lo cual hacemos al invocarle,
al orar a Él y al orar-leer Su palabra**

La forma de recibir tal fe es tener contacto con la fuente, el Señor, el Dios procesado y consumado, lo cual hacemos al invocarle, al orar a

Él y al orar-leer Su palabra (He. 4:16; Ro. 10:12; 2 Ti. 2:22; Ef. 6:17-18). Es bueno invocar al Señor y también es muy bueno clamar: “¡Abba, Padre!”. No debiéramos limitarnos a clamar “¡Abba, Padre!” solamente en la mesa del Señor. Al Padre le complace sobremanera escuchar que Sus hijos le llaman. A todo padre le encanta oír a sus niños llamarle: “¡Papito!”. Como muchos de los colaboradores, he tenido que viajar por muchos años. Cuando mis hijos eran pequeños, mi esposa solía ir con ellos a recibirme al aeropuerto. En cierta ocasión, llegué al aeropuerto y al frente mío iba una persona muy famosa, pero a mis hijos no les importó esa persona tan famosa, no la conocían siquiera; para ellos, yo era famoso. Así pues, ellos ni siquiera miraron a esa persona famosa, sino que simplemente gritaron: “¡Papi!”, en cuanto me vieron. Cuando ellos me llaman así, deseo darles todo lo que me pidan. Pero ahora que ellos han crecido, ya no me llaman así. Ahora, cuando trato de decirles algo, ellos me dicen: “Ya lo sé, papá”. ¿Es así como nos comportamos con el Padre? Al Padre todavía le encanta escucharnos clamar: “¡Abba, Padre!”.

Cuanto más avanzamos con el Señor, más desvalidos nos volvemos. Lejos de hacernos fuertes, nos hacemos más débiles. Nos damos cuenta de cuán desvalidos estamos separados del Señor. Nos damos cuenta más y más de que no podemos hacer ni una sola cosa separados de Él. Ya no tenemos felicidad alguna separados de Él. No tenemos gozo si no estamos con Él. Tenemos que confiar en Él con pleno abandono. A medida que avanzamos, simplemente exclamar: “¡Oh Señor!”, ¡significa tanto para nosotros! En nuestra debilidad, podemos decir: “¡Oh Señor!”. Cuanto más desvalidos nos volvemos, con más frecuencia hay “Ohs” en nuestra vida. En 1 Corintios 12:3 dice: “Por tanto, os hago saber que nadie que hable en el Espíritu de Dios dice: Jesús es anatema; y nadie puede decir: ¡Jesús es Señor!, sino en el Espíritu Santo”. Tenemos que clamar: “¡Señor Jesucristo!”. Esto enriquecerá nuestro clamor.

**Debemos ejercitar nuestro espíritu de fe
para creer en el Señor y para proclamarlo a Él;
la fe está en nuestro espíritu,
el cual está mezclado con el Espíritu Santo**

Debemos ejercitar nuestro espíritu de fe para creer en el Señor y para proclamarlo a Él; la fe está en nuestro espíritu, el cual está mezclado con el Espíritu Santo (2 Co. 4:13).

**EL TRABAJO DE AMOR ES LA CLAVE
PARA QUE NUESTRA OBRA DE FE SEA FRUCTÍFERA**

El trabajo de amor es la clave para que nuestra obra de fe sea fructífera (1 Ts. 1:3). Esto nos conduce a la cúspide de la revelación divina. También nos conduce a llevar una vida de iglesia como grupos vitales a fin de llevar a cabo la cúspide de la revelación divina. El hermano Lee, en los últimos tres años de su ministerio, indicó que la razón de nuestra esterilidad era nuestra falta de amor. Si no aman al Señor, si Él no es infundido en ustedes como amor, entonces se encontrarán en una condición en la que son personas que juzgan a los demás todo el tiempo, que no cesan de criticar, que no son capaces de perdonar y que son muy legalistas. Quizás ninguno sepa esto sino solamente usted. Es posible que en cuanto usted ve a alguien, lo juzgue inmediatamente diciéndose: “¡Qué corbata más llamativa!” o “¡Qué peinado!”. El resultado de tal condición es la esterilidad. El amor es la clave para ser fructíferos.

**El amor es la motivación intrínseca, la vida interna
y la verdadera fuerza de nuestra obra de fe**

El amor es la motivación intrínseca, la vida interna y la verdadera fuerza de nuestra obra de fe (Gá. 5:6; cfr. Col. 1:28—2:1; 1 Co. 15:58; Hch. 20:20, 31). La fe opera por medio del amor (Gá. 5:6). En Hechos 20, el ejemplo que Pablo les dio a los santos en Éfeso consistió en enseñarles públicamente y de casa en casa, amonestando a todos y cada uno de ellos con lágrimas (vs. 20, 31). Cuando los ancianos acompañaron a Pablo al barco, lloraron (vs. 37-38). Esto denota el amor que ellos le tenían. Debido a que Pablo era constreñido por el amor de Cristo, se preocupaba de manera muy íntima por aquellos de los cuales cuidaba, pues ellos estaban en su corazón. Él no los amaba con su amor natural, sino con el amor de Dios. Obviamente, él fue muy fructífero.

Dios es amor; nosotros amamos, porque Él nos amó primero

*El amor de Dios nos motiva a nosotros, Sus hijos,
para amar a las personas sin discriminación alguna*

Dios es amor; nosotros amamos, porque Él nos amó primero (1 Jn. 4:8, 19). El amor de Dios nos motiva a nosotros, Sus hijos, para amar a las personas sin discriminación alguna (Mt. 5:43-48; cfr. 9:12-13; 27:38; Lc. 23:42-43). El Señor nos amó sin discriminación alguna. Dios hace salir Su sol (Cristo) sobre malos y buenos, y hace llover (el Espíritu)

sobre justos e injustos, indiscriminadamente (Mt. 5:45). El Señor también es el Médico (9:12-13). Por ende, la iglesia es un hospital. Es un hecho que la iglesia está en el Dios Triuno, y nosotros tenemos que manifestar este hecho en nuestro vivir; cuando no lo hacemos, lo que se pone de manifiesto son nuestros elementos naturales o pecaminosos.

En 1 Tesalonicenses 5:14 Pablo dijo: “También os exhortamos, hermanos, a que amonestéis a los que andan desordenadamente, a que consoléis a los pusilánimes, a que sostengáis a los débiles, a que seáis longánimes para con todos”. Este versículo nos muestra que la iglesia es un hospital. El que anda “desordenadamente” es un entrometido. Un entrometido siempre está ocupado en lo que no es de su incumbencia. A todo holgazán le gusta entrometerse en los asuntos de los demás. No se ocupan de sus propios asuntos, sino que están ocupados con los asuntos de los demás, lo cual no les incumbe. En el versículo 14 Pablo también menciona a los pusilánimes, es decir, a los de poco ánimo. En muchas ocasiones somos tal clase de persona; somos estrechos y débiles en nuestra alma. Pero Pablo no nos insta a criticar a quienes son débiles de espíritu, alma y cuerpo, sino más bien, nos insta a sostener a los débiles. He aquí la vida de iglesia como un hospital. Cristo es nuestro Médico, y Él visita personalmente a todos los pacientes de este hospital; Él cuida de nosotros con el amor que es Su sustancia interna.

El primero que fue salvo en la cruz, fue un ladrón (Lc. 23:42-43). Aquel ladrón dijo: “Jesús, acuérdate de mí cuando entres en Tu reino” (v. 42). Quizás, si estuviéramos allí, nosotros hubiéramos respondido: “Bueno, déjame pensarlo; después de todo, tú cometiste muchas maldades”. En lugar de ello, de una manera muy conmovedora, el Señor le respondió: “De cierto te digo: Hoy estarás conmigo en el Paraíso” (v. 43). ¡Qué escena maravillosa! ¿Cómo no amar a una persona así? El hermano Lee dijo que si uno no ama a los malos, finalmente no tendrá nada que hacer. De hecho, todos nosotros somos “los malos”.

*El amor nos motiva para pastorear a las personas
con el corazón de nuestro Padre Dios, el cual ama y perdona,
y con el espíritu de nuestro Salvador Cristo,
el cual pastorea y busca*

El amor nos motiva para pastorear a las personas con el corazón de nuestro Padre Dios, el cual ama y perdona, y con el espíritu de nuestro Salvador Cristo, el cual pastorea y busca (15:3-10, 17-18; Jn. 10:11, 16; 21:15-17; 1 P. 2:25; 5:4). La iglesia es un hogar, un hospital y una

escuela. Efesios 2:19 habla de la iglesia como la casa de Dios. La iglesia es nuestro hogar. Ahora que somos adultos, lo que recordamos del hogar de nuestra infancia es el amor que allí imperaba, y no cuán limpia y ordenada era la casa. El amor debe ocupar el lugar central en la vida de iglesia, pues ésta es nuestro hogar.

La iglesia también es una escuela. Un entrenamiento tras otro estamos aprendiendo, no con meras doctrinas, sino mediante revelación. Aquí conseguimos aprender porque impera una atmósfera de amor y luz. Incluso en una escuela secular se requiere de una atmósfera de amor para aprender. En la vida de iglesia amamos al Señor debido a que hay muchos santos que nos aman con el amor de Dios. Ésta es la clave para ser fructíferos.

*El amor no tiene envidia, no se irrita, no toma en cuenta el mal,
todo lo cubre, todo lo soporta, nunca deja de ser
y es superior a todo lo demás*

El amor no tiene envidia, no se irrita, no toma en cuenta el mal, todo lo cubre, todo lo soporta, nunca deja de ser y es superior a todo lo demás (1 Co. 13:4-8, 13). El amor no toma en cuenta el mal. Esto quiere decir que si Dios mismo es su amor, usted no guardará en su ser un registro detallado de ofensas.

El Cuerpo de Cristo se edifica a sí mismo en amor

El Cuerpo de Cristo se edifica a sí mismo en amor (Ef. 4:16; 1 Co. 8:1).

*Necesitamos un espíritu ardiente de amor
para vencer la degradación de la iglesia*

Necesitamos un espíritu ardiente de amor para vencer la degradación de la iglesia (2 Ti. 1:6-7; 2 Co. 5:14; 12:15). Tenemos que avivar nuestro espíritu para que arda. Nuestro espíritu no solamente es un espíritu de poder, o meramente un espíritu de cordura, sino que poseemos un espíritu ardiente de amor.

*Si hemos de vencer la degradación de la iglesia, es preciso que
sigamos el amor con los que de corazón puro invocan al Señor*

Si hemos de vencer la degradación de la iglesia, es preciso que sigamos el amor con los que de corazón puro invocan al Señor (2 Ti. 2:22; 1 Co. 13:1).

El amor es el camino más excelente para ser y hacer cualquier cosa en pro de la edificación del Cuerpo de Cristo

El amor es el camino más excelente para ser y hacer cualquier cosa en pro de la edificación del Cuerpo de Cristo (12:31b—13:1).

**LA PERSEVERANCIA EN LA ESPERANZA
ES LA PERDURABILIDAD DE NUESTRA OBRA DE FE**

La perseverancia en la esperanza es la perdurabilidad de nuestra obra de fe. La perseverancia implica el poder para perdurar, para seguir existiendo; es el poder para finalizar el curso de nuestra carrera. Quizás quisiéramos rendirnos, pero hay algo en nosotros, hay una persona en nosotros, que dice: “No dejaré que te rindas”. Tal vez nosotros quisiéramos rendirnos, pero esta persona nos dice: “No dejaré que te rindas”. En nosotros mora una persona que jamás se rinde. Él jamás se cansará de usted ni de ningún hermano o hermana. Él jamás se rinde. Tenemos a Cristo como nuestra perseverancia en esperanza. En nosotros está la esperanza de ser plenamente deificados. En esto consiste nuestra esperanza.

Según 2 Corintios 6:4, la perseverancia es la primera cualidad requerida en un ministro de Dios. Esto quiere decir que tenemos a Cristo como poder para hacerle frente a toda clase de sufrimientos, pruebas, enfermedades y debilidades. Ustedes poseen perseverancia en Jesús (Ap. 1:9).

La vida que hemos recibido mediante la regeneración nos capacita para tener esperanza, en muchos aspectos, con respecto a esta era, a la era venidera y a la eternidad

La vida que hemos recibido mediante la regeneración nos capacita para tener esperanza, en muchos aspectos, con respecto a esta era, a la era venidera y a la eternidad (1 P. 1:3; Tit. 1:2). Poseemos la esperanza de la vida eterna. Cuando un bebé nace, esta nueva vida trae esperanza consigo. En ese recién nacido alienta la esperanza de vida. Además, hay la esperanza de que ese bebé crezca y alcance plena madurez.

Con respecto a esta era, tenemos la esperanza de crecer en la vida divina, de madurar y manifestar nuestros dones, de ejercer nuestras funciones, de ser transformados, de vencer, de que nuestro cuerpo sea redimido y de entrar en la gloria

Con respecto a esta era, tenemos la esperanza de crecer en la vida divina, de madurar y manifestar nuestros dones, de ejercer nuestras

funciones, de ser transformados, de vencer, de que nuestro cuerpo sea redimido y de entrar en la gloria (Col. 1:27; 1 P. 1:3-5, 9; Ro. 8:23-25, 30; Fil. 3:21; 2 Ti. 4:7-8). Hoy en día tenemos la esperanza de madurar cada vez más en términos de la vida divina. También tenemos la esperanza de desarrollar nuestra función más y más.

Con respecto a la era venidera, tenemos la esperanza de entrar en el reino, de reinar con el Señor y de disfrutar de las bendiciones de la vida eterna durante la manifestación del reino de los cielos

Con respecto a la era venidera, tenemos la esperanza de entrar en el reino, de reinar con el Señor y de disfrutar de las bendiciones de la vida eterna durante la manifestación del reino de los cielos (Ap. 5:10; 2 Ti. 4:18).

Con respecto a la eternidad, tenemos la esperanza de llegar a ser la Nueva Jerusalén, cuando participaremos de forma plena en las bendiciones consumadas de la vida eterna en su manifestación suprema por la eternidad

Con respecto a la eternidad, tenemos la esperanza de llegar a ser la Nueva Jerusalén, cuando participaremos de forma plena en las bendiciones consumadas de la vida eterna en su manifestación suprema por la eternidad (Ap. 21:1-7; 22:1-5).

La perseverancia en la esperanza se sobrepone a toda clase de desilusiones, desalientos e imposibilidades; y vence toda clase de oposiciones, obstáculos y contrariedades

La perseverancia en la esperanza se sobrepone a toda clase de desilusiones, desalientos e imposibilidades; y vence toda clase de oposiciones, obstáculos y contrariedades (He. 4:16; Fil. 2:13; 4:11-13; 1 Co. 15:58; 2 Ts. 3:5). Les exhorto a que conviertan 2 Tesalonicenses 3:5 en su oración personal; este versículo dice: “El Señor encamine vuestros corazones al amor de Dios, y a la perseverancia de Cristo”. Ciertamente, el Señor responderá a tal oración.

La consumación de tal perseverancia es que los pecadores sean salvos, los creyentes sean alimentados, los santos sean perfeccionados, y sea edificada la iglesia, el Cuerpo de Cristo, con miras al reino de Dios y de Cristo

La consumación de tal perseverancia es que los pecadores sean

salvos, los creyentes sean alimentados, los santos sean perfeccionados, y sea edificada la iglesia, el Cuerpo de Cristo, con miras al reino de Dios y de Cristo (2 Co. 6:4; 1 Co. 15:58).

**NUESTRA OBRA DE FE, NUESTRO TRABAJO DE AMOR
Y NUESTRA PERSEVERANCIA EN LA ESPERANZA
SE CONFORMAN “A LA MEDIDA DE LA REGLA QUE EL DIOS
QUE MIDE TODAS LAS COSAS NOS HA REPARTIDO”**

Nuestra obra de fe, nuestro trabajo de amor y nuestra perseverancia en la esperanza se conforman “a la medida de la regla que el Dios que mide todas las cosas nos ha repartido” (2 Co. 10:13). Cada uno de nosotros posee una medida. A cada uno de nosotros le corresponde cierta función, y a cada uno se le asignó cierta porción. Cada uno de nosotros tiene un destino particular que debe cumplir. Así pues, al realizar la obra de fe, el trabajo de amor y perseverar en la esperanza, debemos hacerlo conforme a la medida de la regla que el Dios que mide todas las cosas nos ha repartido.

**En la obra espiritual, lo más importante es conocer
el “modelo ... [que ha sido mostrado] en el monte”;
si no comprendemos cuál es el plan de Dios,
será imposible llevar a cabo la obra de Dios**

En la obra espiritual, lo más importante es conocer el “modelo ... [que ha sido mostrado] en el monte” (He. 8:5); si no comprendemos cuál es el plan de Dios, será imposible llevar a cabo la obra de Dios (Hch. 26:19). En este entrenamiento se nos ha mostrado el modelo; estamos viendo la economía de Dios, el plan de Dios.

**Cada obrero tiene una obra específica que Dios le ha asignado
y una senda por la cual Dios desea que camine;
si usted está en la posición que le corresponde,
labora en el servicio que le ha sido asignado
y anda por el camino que le ha sido señalado,
ésa es la mayor gloria**

Cada obrero tiene una obra específica que Dios le ha asignado y una senda por la cual Dios desea que camine; si usted está en la posición que le corresponde, labora en el servicio que le ha sido asignado y anda por el camino que le ha sido señalado, ésa es la mayor gloria (13:25a, 36a; 20:24; 2 Ti. 4:7). Esto es precioso. Ciertamente, en términos generales hay una carrera que todos los creyentes deben correr;

pero además, Pablo dijo: “Con tal que acabe mi carrera” (Hch. 20:24). Asimismo, Hechos 13:25 describe a Juan el Bautista como aquel que “terminaba su carrera”. Esto muestra que a todos se nos ha asignado una carrera particular. Puesto que cada uno de nosotros es un miembro en particular, a cada uno de nosotros se nos ha asignado nuestra propia carrera. Nuestra carrera está íntegramente dentro de *la* carrera; pero cada miembro tiene que cumplir su destino y su función como miembro del Cuerpo de Cristo. Solamente Dios conoce este destino y función particular. Por tanto, todos nosotros debíamos orar pidiendo: “Señor, ten misericordia de mí mientras estoy todavía en la tierra, a fin de que acabe mi carrera, que cumpla mi destino, que cumpla plenamente con la medida completa de la función particular que me corresponde en el Cuerpo, para el Cuerpo y por medio del Cuerpo. Que todo esto sea para que Tú puedas fluir hacia otros por medio de mí en la obra de fe, en el trabajo de amor y en la perseverancia en la esperanza hasta que sea “Cristificado” juntamente con aquellos a quienes sirvo, de tal modo que seamos plenamente deificados y preparados para ser la novia de Cristo y la santa ciudad, la Nueva Jerusalén”.—E. M.